



Gonzalo Rojas, porteño interminable

263839

Fines de la década del cuarenta, Liceo Eduardo de la Barra. Recién ingresado a humanidades, observo curioso el "patio grande": los alumnos innumerables, las voces aíradadas de los inspectores, los profesores que van y vienen, algunos de ellos muy conocidos, entrando ya a la historia de la ciudad: Muñoz Mena, Montedónico, Le Dantec, Pacheco, Guzmán.

Por una razón que se me escapa, entre los profesores que circulan distingo a uno que de algún modo me parece especial, singular... Me dicen que se llama Gonzalo Rojas, y que "hace Castellano y Filesofia". Me cuentan también que ha publicado un libro de poemas.

Un día un amigo, hijo de profesor, trae ese libro al Liceo con muchos elogios y recomendaciones: un texto de formato grande con una ilustración y un título inquietante: "La miseria del hombre" (1948).

Una rápida lectura saltada, mientras dura el recreo, me revela que los elogios de mi amigo (que repiten los de su padre) están errados: le digo que esto no es ni poesía ni nada... Y el adulto que escribe ahora estas palabras enormes, no deja de lamentar haberlas pronunciado alguna vez, cuando niño...

Olivado ya ese episodio, en quinto año de humanidades Gonzalo es mi profesor: admirable, ilustrado, motivador. Recuerdo aún sus explicaciones, claras y movilizadoras que, unfortunately para nosotros, concluyen antes de terminar el año, al partir él a la Universidad de Concepción.

Pasan algunos años y, por tercero, me llegan noticias suyas. Sé que marcha por los caminos del mundo..., unido siempre a Valparaíso, desvelado por la ciudad; amándola con pasión: "te morderá mi boca/ por los súglos terrestres".

Mucho después, quizás cuando ya he terminado mi carrera, lo encuentro en el viejo local del Pedagógico de la Calle Colón: hablamos brevemente y me maravilla su inmediatez, su cordialidad, la simpatía por su alumno fugaz.

Por esos tiempos, o quizás antes, casi sin darme cuenta, me voy aficionando a la poesía. Y empiezo a leer poco a poco enigmáticos poemas contemporáneos..., poemas que deben leerse "setenta veces siete", sin dejarse oprimir por la obscuridad... que puede llegar a ser hermosa, radiante. Así es que un día tarde leo por primera vez, descubriendola, "La miseria del hombre": explosión poética, libro-torbellino, libro-universo, que continúa siendo la cantera del poeta ("Todo está ahí"); libro a punto de reeditarse hoy con honores laureados en Valparaíso, y que originalmente fue impreso parcialmente por el autor, en un taller porteño.

Iniciado ya en la "versa" rechazada de niño, leo y releo luego, con admiración renovada, "Contra la muerte" (1964), donde Gonzalo se confirma e, incansable, continúa asumiendo el Oficio Mayor. "Del aire soy, del aire,/ como todo mortal,/ del gran vuelo terrible/ y estoy aquí de paso a las estrellas".

Siguen pasando los años. Llega un momento de tormenta para nuestra historia y Gonzalo, que se encuentra en misión cultural en el extranjero, empieza a vivir su plazo de "transitorio", palabra de claras resonancias con que se describe y nombró uno de sus libros. Por la revista "Hoy" (1978) sé que vive en Venezuela, "en las Colinas del Bello Monte, en un edificio impersonal, estremecido por los vapores de los automóviles".

Por ese tiempo empieza entre nosotros una correspondencia que se prolonga y crece a lo largo de los años. El poeta desea ardientemente volver a Chile. En una tarjeta me cuenta las peripecias de sus últimos años y me dice, conmovido, que "sigue ahí mismísimo en ese Cerro Alegre tan amado, único paraíso posible".

La fuerza movilizadora de su poesía lo trae al fin de regreso a su Chile de siempre (1979), y un día, después de tantos años, tengo el agrado de abrazarlo en mi oficina. Está igual, no ha cambiado; sólo más joven, más fuerte, más poderoso.

Narrar esta amistad en los años que siguen necesitaría mucho espacio: encuentros, cartas de sus viajes, poemas que llegan recién escritos, conversaciones con él y su esposa Hilda, alumna suya en Concepción y ahora su más próxima discípula.

Voy siguiendo a la distancia sus peripecias por el vasto mundo, sus conferencias, sus funciones de "visiting professor" ante "doncellas de oro" y "bellezas aéreas de seis pies". "Palomas vs. senectud", como dice uno de sus poemas.

Viene luego, gozosamente, el gran reconocimiento. La consagración mundial. El Premio Reina Sofía de Poesía. El Premio Nacional. Los homenajes múltiples, también en Valparaíso. Y él sigue siendo el mismo doctor profesor del Liceo de la calle Colón; el mismo joven poeta que vivía en calle San Enrique del Cerro Alegre...

El mismo niño maravillado, en "crecimiento tenaz", de siempre.
Antonio Pedrals



Gonzalo Rojas.

61 Mercurio, Valparaíso, 11-IV-1995 p. 42.

Gonzalo Rojas, porteño interminable [artículo] Antonio Pedrals.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pedrals, Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gonzalo Rojas, porteño interminable [artículo] Antonio Pedrals. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)